EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX — MADRID, 26 DE NOVIEMBRE DE 1933 — NÚMERO 48

EL TURON

¿Sabéis cómo vive el Turón?

Debajo de la tierra vió por primera vez la luz del mundo. Casi no se puede hablar de "ver la luz del mundo", porque, por lo pronto, nuestro turón no vió nada durante nueve días, y, además, tampoco hay mucha luz allí abajo. Solamente entraba un poco de claridad, que dejaban pasar las ramas de un arbusto que tapaba la puerta de su madriguera.

Pero esto no le preocupaba mucho. El era un turoncito muy alegre y contento. Su fina piel, color marrón, se suavizaba cada día más y sus astutos ojitos, desde que aprendieron su oficio, contemplaban atentamente todo lo que ocurría en su alrededor. Ahí estaban, en primer lugar, sus queridos padres. El papá turón que casi siempre estaba fuera y su buena madre.

SGCB2021

Esta cuidaba amarosamente de sus pequeñuelos, les daba de mamar, los limpiaba, y, por fin, les enseñaba a masticar los granos que les traía en los bolsos de sus mejillas de la despensa.

Pero cuanto mayores iban siendo, peor los cuidaba su madre. Llegaron días en que ni siquiera les concedía un poco de comida, sino que se lo arrebataba todo gruñéndoles: "Con tal de que yo me harte, vosotros podéis quedar hambrientos." Y un día, después de una gran riña con el papá turón, que había entrado sin su permiso en la despensa, declaró que ya estaba harta de alimentar a la familia; cogió sus hijos, y los echó fuera uno trás otro.

¡Qué horror!, ¿verdad?

Allí debajo del arbusto quedaron tirados los pobrecitos, chillando y rogando que su madre los recogiera de nuevo. Mas la buena señora se colocó en la puerta de casa con toda su gordura y harta de comer se puso a gruñir: "Aquí no entra nadie; vosotros mismos os tenéis que buscar un alojamiento, y no hace falta que le quitéis a vuestra pobre y hambrienta madre su mísero alimento."

A esto nuestro pobre turón lloró un poquito en compañía de sus hermanitos, mas luego se portó como todo un hombre y echó a andar por el mundo.

Su mundo, por de pronto, no pasaba de un avellano, en el cual nuestro turón se acurrucó temeroso, pensando qué es lo que podría hacer ahora. Había visto cómo sus padres escarbaban la tierra con sus patas y hacían hoyos, los cuales llegaban a convertirse en habitaciones y alcobas; lo mismo quiso hacer él. Movió sus patitas con mucha agilidad, y aunque primero le parecía un trabajo muy penoso, se fué acostumbrando a ello andando el tiempo. ¡Qué gusto! ¡Cómo salía despedida la blanda tierra! Como una máquina se puso a cavar. Ya había hecho la entrada pendiente que recordaba haber visto en casa de sus padres. En seguida colocó unas ramas delante de la puerta para que no le vieran los hombres, y siguió escarbando. Ahora le tocaba hacer el pasillo largo que conducía a la habitación principal. Nuestro turón ya estaba muy cansado y, como de costumbre, sentía hambre. Como ya no encontraba granos en la tierra, se puso a morder unas raíces, y notó que éstas tampoco sabían del todo mal. Así que el turoncito comió hasta hartarse y luego siguió trabajando durante muchos días y muchas semanas, durmiendo y comiendo solamente lo más indispensable.

Con todo esto, pronto terminó de hacer su habitación, que no era mayor que su cuerpo. Limpió las paredes lo mejor que pudo, que ni el más apto albañil lo podría haber hecho mejor. Luego subió ocultamente a la tierra, y llevó con el hocico un puñado de paja tras otro a su morada. Con esto se hizo un blando colchón, sobre el cual pensaba dormir durante el invierno. Hecho esto se puso a escarbar otros pasillos largos y estrechos, que partían de la habitación central y conducían a las diversa despensas.

Eran muchos los departamentos que necesitaba, porque pensaba recoger mucho grano para tener bastante alimento en el invierno. Así que nuestro turoncito trabajaba día y noche como un negro y ya pensaba que no acabaría nunca. Mas un día, por fin, se encontró con la casa terminada. Entonces se fué a buscar una mujercita que le endulzara la vida y que le ayudara a llenar las despensas. Pronto encontró una agradable y simpática turoncita, que le prometió tener su casa en orden y cuidar de él. Y ahora el turón comenzó la misma vida que su padre había llevado cuando él era pequeño. Es decir, que, bajo cualquier pretexto, se pasaba todo el día vagueando por el campo.

Lo que más le gustaba era un gran campo de trigo, dorado por el sol, que despedía un

SGCB2021

olor agradable y cuyos tallos parecían llamarle diciendo: "¡Ven y cógenos!" ¡Pero eran muy altos! ¡Cómo le sería posible alcanzarlos? Mas un día tuvo la ingeniosa idea de doblar los tallos con sus patitas delanteras para alcanzar las espigas con su hociquito De esta manera, los granos en seguida caían en su hociquito, que era bastante grande para recoger una buena cantidad de ellos.

Ya estaba repleto, y ya se quería escapar con su presa a su madriguera, cuando su atento oído sintió pasos de hombre. ¡Entonces sí que se escondió corriendo y deprisa! Los hombres a veces son muy malos, y él se imaginaba que no sería nada agradable morir tan joven. Por fin, pasó el mal hombre sin advertirle. Pero en seguida nuestro turoncito se llevó otro susto. Una gran ave de rapiña bajó como disparada de las alturas. Al turón no le quedó otro remedio que salir corriendo, porque de estos ladrones no estaba seguro.

¡Ay, sí!, nuestro turón llevaba una vida bastante agitada, aunque la mayor parte de ésta se desarrollaba debajo de tierra y a escondidas. Mas, a pesar de todos los peligros, acabó por llenar todas sus despensas, y pensó que ahora podría llevar una vida reposada y tranquila. Pero no había contado con su querida mujercita y con toda la monería de turoncitos que le habían nacido. Todo el día estaban haciendo jaleo en casa, y su mujer comía una atrocidad. ¡Era espantoso lo que tragaba! El mismo casi pasaba hambre por lo mucho que ella comía. Esto se lo reprochó unas cuantas veces muy violentamente, mas ella le contestaba tan descarada, que aunque él no quisiera, se hacía necesaria la riña. A esto se unió otra preocupación: un día se dió cuenta de que le habían robado una cantidad de trigo. Así que se puso a vigilar día y noche hasta que dió con el ladrón. Ya estaba tan gordo el pillo de tanto comer, que casi reventaba. En seguida empezaron a pelearse con mucha furia, y nuestro turón recibió unas cuantas heridas que le sangraban; pero le llenaban de orgullo, porque eran muestras de haber defendido valerosamente su hogar.

Así se pasaban los días y el verano terminaba, acercándose el otoño. Pero las tardes todavía eran muy agradables, y nuestro turoncito gozaba del buen tiempo a la puerde su madriguera. El gran avellano le guardaba de las miradas de la gente. Se divertía oyendo todo lo que pasaba en su alrededor. Los pajaritos cantaban alegremente y le gustaba escuchar las voces de los niños que jugaban por allí.

—Mirá, papá, qué ratonera más grande —gritó un día la pequeña Manolita.

Y una manecita tostada y mona se puso a destapar la entrada de la madriguera de nuestro turón. Este se metió a todo correr en lo más profundo de su casa y escuchó desde allí, temeroso, lo que ahora sucedería.

—Deja ver. Si esto no es una ratonera, que es la madriguera de un turón—contestó una voz de hombre, y una mano se metió por el agujero. El turón, para defenderse, le clavó sus finos dientes.

—¡Aguarda, pillo, ya te enseñaré cómo hay que portarse!—dijo el hombre, y se fué por un cubo de agua—. Ahora verás—dijo a la nena—; ahora vamos a hacerle nadar al señor turón.

Y quiso echar agua a la madriguera para ahogarle. Pero Manolita se puso a rogar con su vocecita tan dulce, diciendo:

—¡No, papá, por Dios! No mates a ese pobre animalito.

El papá dejó el cubo de la mano. De esta manera la pequeña salvó la vida al turón, y desde entonces éste podía verla todas las tardes sentada en la hierba junto a su madriguera. Hasta que, por fin, venció el temor y se fué haciendo amigo de ella. Un día pensó que también él la podía hacer un favor, ya que ella le había salvado la vida.

SGCB2021

A Manolita le gustaban mucho las avellanas; pero todavía era muy pequeña y no sabía cogerlas. Así que nuestro turón se puso a coger avellanas, hizo un agujero en el jardín de Manolita y las echó todas allí. Luego las tapó con un poco de tierra. Allí quedaron escondidas, hasta que Manolita las descubrió un día, y se llevó un alegrón. ¡Cómo se puso a cantar de regocijo! En seguida se dió cuenta de quién le había regalado las avellanas, y le dió las gracias a su amiguito turón.

—Esas me las has regalado porque el otro día rogé que no te mataran, ¿verdad turoncito?—decía cariñosamente.

Y él asintió con la cabeza, y entró en su madriguera porque ya había pasado el otoño y era hora de comenzar su sueño invernal.

SECCION RECREATIVA

A cargo del TIO DE MALLORCA

PREGUNTAS BIBLICAS

1. ¿Cuál fué el rey de Tiro que se menciona como amigo de David?
2. ¿Cómo se llama la cueva donde demostró David su heroísmo?
3. ¿Quién era el padre del hombre más fuerte en el Antiguo Testamento?
4. Decid el barco más antiguo que se menciona en la Biblia.

SOLUCIONES AL MES DE AGOSTO

Tarjeta: *Pedro y Juan.*

Logogrifo número: *Coruña, araña, roca, oro, uc, ñ.*

Fuga de vocales: *Dejad a los niños y no les impidáis de venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos.*

SOBRINITOS SOLUCIONISTAS

Uno solo de nuestros sobrinitos ha acertado a todo (3 puntos): Antonio Duarte Sánchez, de *Asquerosa.*

TARJETA

Ysmael Tucoa

Combinar las letras de estos nombres, de manera que dén los de dos evangelistas.

LOGOGRIFO NUMERICO

1 2 3 4 5 6 7 8 9.—Ciudad española.
4 2 3 9 4 7 6 2.—Bocina.
4 9 4 9 3 5 9.—Lo que hace la gallina
3 2 1 2 8 7.—Vegetal.
4 9 1 3 9.—Animal.
6 5 7 8.—Animal.
7 6 9.—En el mar.
3 5.—Nota musical.
8.—Consonante.

Imp. Castilla.-Marqués de Urquijo 10